

## Contra la guerra y, si ésta estalla, por su transformación en guerra civil.

### Organo del Partido Obrero de Unificación Marxista

#### El momento político

## El mito Azaña

Azaña ha habido por cuarta vez después de octubre. Primeramente lo hizo en el campo de Mestalla. Después, en el estadio de Baracaldo. Azaña publicó luego un libro: *Mi rebelión en Barcelona*. Hablaba por tercera vez.

Sus discursos de Valencia y de Bilbao, y ahora el de Madrid, son verdaderos monumentos de literatura, sin contenido político. En cambio, su libro, escrito con tiempo para reflexionar, para meditar bien lo que en sus páginas se dice, entre la mucha hojarasca literaria, contiene afirmaciones concretas de una importancia extraordinaria. La tesis del libro de Azaña es la siguiente: «No sólo no participé en los acontecimientos de octubre, sino que he sido quien ha hecho los mayores esfuerzos por que fracasara la insurrección en Cataluña.» Esto Azaña, no sólo lo dice, sino que lo prueba aportando incluso actas notariales.

Y, sin embargo de todo esto, Azaña, que ha sido el jefe político más responsable de que la primera revolución fracasara, durante los años 1931 y 1932, que se opuso con todas sus fuerzas a la insurrección de octubre, ahora es alzado por las muchedumbres como la suprema esperanza, como el hombre providencial que ha de conducir nuevamente la revolución a su verdadero cauce. Las concentraciones de Mestalla, de Baracaldo y ahora la de Madrid, cuya importancia no es imposible negar, están, en su inmensa mayoría, formadas por trabajadores. Son las masas obreras, y no la burguesía, las que elevan nuevamente la personalidad de Azaña.

Se da en la política española una paradoja verdaderamente extraña. La clase obrera da el triunfo a la pequeña burguesía seudodemocrática. Esta, una vez dueña del Poder, se apoya sobre las masas trabajadoras, pero no para favorecerlas, sino para contenerlas, para frenarlas, y, mientras tanto, prepara activamente la victoria de las derechas contrarrevolucionarias. Después, fracasada la pequeña burguesía demagógica, el movimiento obrero vuelve a galvanizarse y colocarla de nuevo en condiciones de lograr el Poder, que, naturalmente, servirá no para acelerar la revolución, sino para disminuir su ritmo.

Marcelino Domingo, segundón de Azaña, ha publicado también un libro estos días. En él se dice, con todo el aplomo de la inconsciencia y del cinismo, refiriéndose al triunfo de las derechas: «Pasaron, en definitiva, porque les dejamos pasar. No nos vencieron; les dimos la victoria.» Declaración más categórica no es posible hacerla. Las derechas no vencieron; fueron los Azaña, Domingo, Maciá, Companys, etc., los que les prepararon el triunfo.

Ahora estamos, por la falta de las organizaciones obreras de más peso, en presencia de una resurrección del cadáver del viejo republicanismo charlatán e impotente que encarnan Azaña, Martínez Barrio y Esquerro, de Cataluña. El acto del domingo, de Madrid, es otra confirmación de ello.

Azaña asciende progresivamente al Poder empujado por los socialistas y comunistas oficiales. ¿Qué hará Azaña en el Gobierno que no hiciera durante el primer bienio?

Azaña es, en el fondo, una gran fuerza conservadora. Cuando el torrente revolucionario sea irresistible, la burguesía dará el Poder a Azaña, para que detenga el impulso arrollador de las masas obreras y campesinas. Y Azaña, con la aureola de hombre de izquierda, se enfrentará «contra todo extremismo», en el instante en que el único extremismo verdaderamente amenazador será el del movimiento obrero en marcha hacia la segunda revolución. Azaña es, en ese sentido, una valiosísima reserva para la burguesía española.

Los obreros y campesinos no deben, no pueden ir detrás de Azaña. Azaña es un jefe de la burguesía, y no de la clase trabajadora. La burguesía tiene en el dominio político sus piezas de recambio. Echa mano de una o de otra, según las circunstancias. Primero utilizó a Azaña; después, a Llerroux; luego, a Gil Robles. Ahora se dispone a servirse nuevamente de Azaña. Después de Azaña vendría otra vez Gil Robles, o Calvo Sotelo, o un general cualquiera.

Pero esta tela de Penélope no será indefinida. La burguesía recurre a estos balances mientras que va madurando, mientras que se va gestando el fascismo. Cuando exista una organización fascista bastante fuerte para sostener el Poder despótico del capitalismo, entonces los Azaña, Companys, etc., pasarán a la Historia, como pasaron Castelar, Salmerón y Pi y Margall, en 1874, Nitti y demás demócratas, en Italia, y la socialdemocracia en Austria y Alemania.

El problema es de revolución democrático-socialista. De toma del Poder por la clase trabajadora. De segunda revolución, en una palabra.

Para ello, la clase trabajadora ha de formar un compacto bloque, y utilizando a la pequeña burguesía, pero nunca yendo a remolque de ella, debe, a través de ininterrumpidas luchas ofensivas y defensivas, combinando la acción legal con la extralegal, marchar hacia la toma del Poder.

#### Nuestros presos

## Una visita a Grossi

El Hospital Provincial de Oviedo es un viejo caserón enorme, con grandes rejas en todas las ventanas. Parece, más bien, una cárcel. Y lo es. En la sala 26 están hospitalizados 29 presos de octubre.

En todos los rincones, puertas y pasillos hay uniformes. Tercio, Asalto, Guardia civil...

La sala de observación de los enfermos mentales. Gritos, cantos, lamentos, golpes. Ruido. Encima, en el piso superior, la sala 26. La vigilan los héroes del Tercio, con bayoneta cañada. La guardan como si contuviese un tesoro. Así es; en ella se hallan los hombres más firmes de octubre. Grossi, entre ellos.

Yo no le conocía. Es un mocetón fuerte, nervioso, ágil. Ahora está en el Hospital. Octubre y los regulares no han pasado en vano.

En Asturias, a Grossi, a Manó, como le llaman los obreros, lo quieren profundamente. Cuando les hablo de él percíeme que todos comenzarán su respuesta: «Mi hijo.» Ahora que le conozco comprendo esta actitud.

arrollo de nuestro Partido en Asturias, su papel dirigente.

Asturias está llena de posibilidades para nosotros. Los obreros saben que la Alianza Obrera es, principalmente, obra nuestra. Sienten una gran simpatía por nuestras posiciones. Y como en octubre estuvimos todos en nuestro lugar, nos escuchan. Si continuamos el camino emprendido, extenderemos nuestro radio de acción y nuestra influencia crecerá. Asturias es una de las claves de la política española.

Por otra parte, entre los obreros, no hay ni la menor vacilación sobre el papel que debe desempeñar la Alianza Obrera. Por ejemplo, Silverio Castañón, uno de los condenados a muerte de Turón, que goza de grandes simpatías, ha publicado hace poco en Asturias, semanario de los socialistas, un artículo en el que afirma que la A. O. debe también intervenir en las luchas parciales, en contra de la opinión preponderante en la dirección del Partido Socialista.

Grossi hace meses que no ha hablado con camaradas de otras regiones. Pregunta sobre la situación en Cataluña.

Nos cuenta, entre otras muchas cosas, cómo detenido ya, un día lo llevaron a su casa en Mieres, y delante de él las «fuerzas del orden» sacaron toda su biblioteca y la quemaron en medio de la calle. Ni a un libro de párvulos perdonaron. En el Hospital el día tiene muchas más horas que en la calle. Los presos en él pueden tener y recibir toda clase de literatura. La dirección es: M. Grossi, Hospital Provincial, Sala 26, Oviedo.

Charlando con Grossi se siente el magnífico estado de ánimo que reina entre los trabajadores asturianos, y cómo allí es seguida con interés nuestra prensa y nuestra campaña de unificación. La BATALLA se lee con entusiasmo.

Nosotros pensamos si será en Asturias donde cundirá primero el ejemplo.

Con Grossi, en la sala, hay otros detenidos: socialistas y comunistas oficiales. Todos demuestran un espíritu y una voluntad de lucha magníficos. Son, para el resto de la Península, una lección y un ejemplo. Pero el tono político lo dan nuestros camaradas.

Después de visitarlos se admira octubre, y hasta el más refractario lo comprendería.

El puño en alto por entre los barrotes, Grossi nos grita:

— ¡Cataluña a la cabeza. ¡adelante! Por delante del jardín del Hospital desfilan las compañías del Tercio, con ametralladoras y petrechos completos. Es el paseo militar de cada día. Los aviones vuelan por encima del Hospital. ¿Se acordarían aún de octubre y lo bombardearían? Mi temor desaparece al saber que es también una demostración diaria.

No hay duda. La «pacificación de los espíritus» es un hecho... ARIEL

Oviedo, octubre 1935.



Manuel Grossi (izquierda) y Armando Barreiro en el Hospital Provincial de Oviedo.

Llevaba, para decirselas sinceramente, frases de aliento. Las Juventudes y el P. O. U. M., de Barcelona, le enviaban un abrazo y unas palabras de ánimo. Terminada la comunicación, soy yo el que saigo con mayor empuje y más deseos de lucha que nunca.

Así es Grossi.

Sus palabras pueden ayudarnos en nuestro trabajo. Grossi habla. Al escucharlo, vamos ya figurándonos el des-

## Las víctimas que produjo la última guerra

En 1914-1918 ... 19 millones  
En 1935 ... 2 millones

	Muertos	Heridos
Alemania	2.050.466	4.202.028
Francia	1.393.388	1.430.000
Imperio Británico	1.089.919	2.400.088
Austria y Hungría	1.200.000	3.620.000
Italia	460.000	947.000
Rumania	335.706	(no hay datos)
Turquía	300.000	570.000
Estados Unidos	115.660	205.699
Bulgaria	101.224	152.400
Serbia	127.535	133.148
Bélgica	38.172	44.686
Portugal	7.222	13.148
Total	7.219.292	12.779.691

Más de siete millones de muertos y más de doce millones de heridos.

¿Por qué?

Se dijo entonces que era «en defensa de las pequeñas Serbia y Bélgica, amenazadas por el militarismo teutónico».

¿Se asesinó a otros diecinueve millones, pretextando «la defensa de Abisinia, amenazada por el fascismo italiano»?

Los trabajadores dicen: ¡NO!

¡Abajo la guerra!

¡Abajo el fascismo!

¡Abajo el imperialismo!

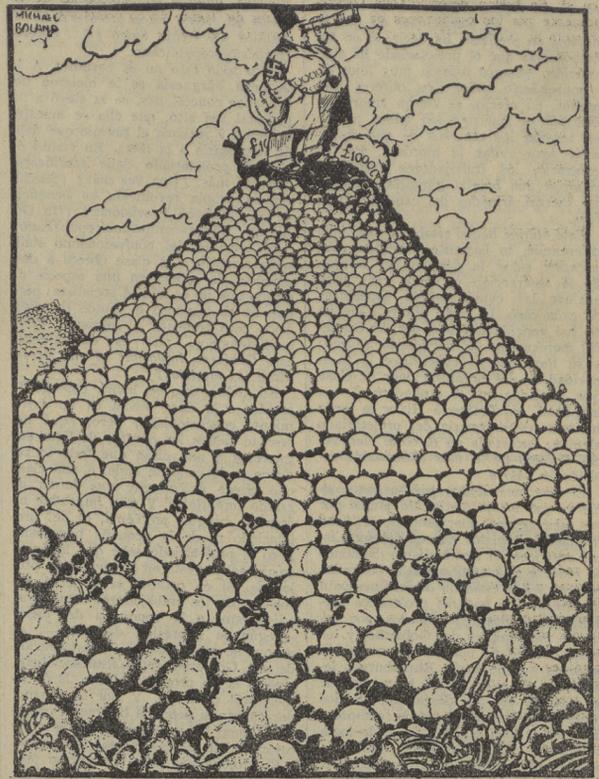
## La solución «mussoliniana» de la crisis austriaca

Austria ha conocido, recientemente, una crisis ministerial, durante cuya tramitación se han adoptado toda suerte de precauciones. El Gobierno que ha sucedido al anterior es de marcado cariz italianofílico. Los ministros susceptibles de oponer algún rechazo a la política de Mussolini han sido eliminados.

Italia cuenta, pues, en estos momentos de aislamiento exterior, dos sostenes firmes: los Gobiernos húngaro y austriaco. Ambos se negaron a votar las sanciones en el seno del Consejo de la S. D. N. y, en consecuencia,

bierno húngaro mantiene, a su vez, excelentes relaciones con Hitler, que las mantiene no menos excelentes con el Gobierno polaco. Queda así claramente perfilado el bloque de potencias que se forma frente a Inglaterra, Francia y Rusia. Ese bloque reaccionario apoya hoy económicamente a Mussolini. Mañana le apoyarán en la guerra, si ésta se trasplanta a Europa.

El proletariado, estrechamente unido, debe luchar contra los dos bloques rivales que nos conducen a la guerra mundial.



Explorando nuevos mundos que conquistar

## Los partidos políticos españoles ante la guerra

El conflicto italoabisiniano y las repercusiones que tiene en Ginebra, en el seno de la Sociedad de Naciones, ha tenido la extraordinaria virtud de delimitar las posiciones de los diferentes partidos políticos en España. Es extraordinariamente curioso observar cómo ha reaccionado cada cual ante la cuestión de la guerra, relegando por un momento a segundo término los problemas de política interior de España. Y no menos curioso resulta ver cómo, en torno a la guerra, se perfilan tres especies de bloques, basados en afinidades o coincidencias de criterios: uno, el que forman las derechas reaccionarias, con el apoyo más o menos declarado de Gil Robles; otro, que va de los radicales a los comunistas, pasando por los republicanos de izquierda y los socialistas; y el tercero, el netamente proletario y revolucionario.

Ninguno de estos tres bloques tiene establecidos lazos orgánicos entre sí; se basan únicamente, lo repetimos, en una coincidencia de criterios en torno al problema candente del día: la guerra.

Las simpatías de las derechas reaccionarias se inclinan decididamente del lado de la Italia fascista. La cosa se explica perfectamente. No se trata, para ellas, de una simple cuestión de simpatía política, sino de una cuestión de interés de clase. Si Mussolini alcanzara una victoria militar y lograra consolidar momentáneamente sus posiciones a costa de la independencia de Abisinia, las derechas fascistas españolas se beneficiarían grandemente de ello y tratarían de hacer girar a España en la órbita del imperialismo fascista.

Por el contrario, la derrota militar de Mussolini y los acontecimientos que determinaría en el interior del país —posiblemente la liquidación del fascismo— y el comienzo de la revolución democrático-socialista, acabaría de descomponer a las derechas reaccionarias españolas. Digamos, incluso, que la derrota de Mussolini podría determinar, sencillamente, la liquidación del fenómeno fascista en Europa. Las derechas españolas y el fascismo en general están identificados, pues, con la causa de Italia.

¿Por qué, sin embargo, esas derechas italianofílicas, fascistas, reclaman la neutralidad de España en lugar de tratar de arrastrarnos a la intervención al lado de Mussolini? La cosa está clara: en política se hace lo que se puede y no lo que se quiere. Y en vista de que las derechas no pueden arrastrarnos a la guerra al lado de Mussolini, porque eso podría provocar una explosión popular en toda España, se contentan con reclamar la neutralidad. La neutralidad que impide la intervención contra Italia. Y que les permite apoyar indirectamente a Mussolini. Será, en suma, una «neutralidad» semejante a la observada en 1914-18: los germanofílicos, apoyando decididamente la causa prusiana; los aliadófilos, la causa francobritánica. Neutralidades que no tienen de tales más que el nombre.

La guerra ha colocado a Gil Robles en una situación harto delicada. El tiene que mantenerse solidario con el Gobierno, claro está, a menos de provocar una explosión. Ahora bien; España pertenece, con todas sus consecuencias, a la Sociedad de Naciones, donde

los imperialismos dominantes —Inglaterra y Francia— la hacen llenar un papel de fachada —Madruga fue, al comienzo, presidente nominal de los Comités—. Pero ahora se ha planteado la cuestión de las sanciones contra Italia, en cumplimiento del Pacto, y el Gobierno español tiene que seguir a Inglaterra en ese terreno. Gil Robles, bajo la presión de las derechas fascistas y monárquicas, con las cuales esboza un nuevo contubernio electoral como en noviembre de 1933, pide o que España no aplique las sanciones o que salve su voto.

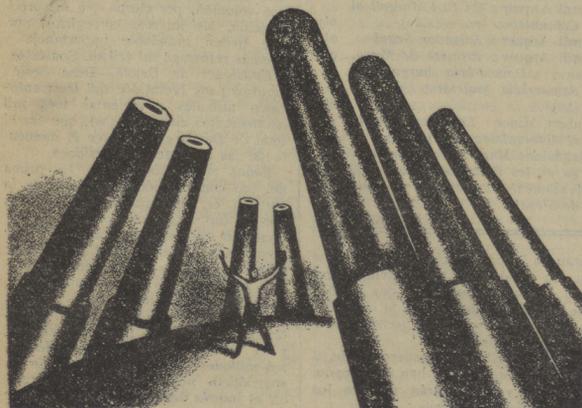
Es indudable que el Gobierno se encuentra dividido en torno a esta cuestión y que ello puede dar lugar a una nueva crisis ministerial. Es éste, en estos momentos, el punto más vulnerable del Gobierno. ¿Saben aprovecharlo los republicanos de izquierda? En manera alguna. En esta cuestión de política internacional se encuentran al lado de la mayoría del Gobierno. Ya lo dijo Martínez Barrio en pleno Parlamento: cuando el Gobierno hablaba fuera de España, todos se colocaban tras él. Es de suponer que al hablar así no lo hacía en su nombre solamente, sino en nombre del bloque republicano que forma con Azaña y Sánchez Román. Es decir, en Ginebra, el Gobierno lo representa a todos. Por consiguiente —o las cosas carecen de lógica—, Llerroux no es solamente el ministro radical del actual Gobierno, sino «su» ministro también, y Madruga «sus» delegado.

Los socialistas no han hecho una declaración semejante en el Parlamento —en primer lugar, porque permanecen voluntariamente alejados del Parlamento—, pero se han pronunciado públicamente, como resultado de acuerdos tomados en el Comité Nacional de su partido, por la actuación de la Sociedad de las Naciones y por la aplicación de las sanciones, de acuerdo con el laborismo y el tradunionismo inglés. Esta posición es, por muy mal que ello les sepa, conforme a la mantenida por los imperialistas británicos y por la mayoría del Gobierno español.

También los comunistas oficiales mantienen, en realidad, una posición semejante: mantenimiento del Pacto de la S. D. N. y aplicación de las sanciones. A lo primero les obliga el hecho de que el Gobierno soviético sea hoy uno de los más sólidos puntales de la institución ginebrina, al lado de Francia, Inglaterra, etc. Sobre las sanciones yo les he oído la siguiente justificación: «Hay veces en que los intereses de un imperialismo coinciden con los intereses del proletariado.» Si se admite esa coincidencia de intereses, hay que admitir la «unión sagrada» del proletariado con un imperialismo determinado, incluso con su propio imperialismo, como se pretende hoy en Francia sólo por el hecho de la existencia de un convenio entre París y Moscú. No; los intereses del proletariado no pueden coincidir jamás con los del imperialismo; sólo en nombre del más pútrido oportunismo puede hacerse afirmación semejante. El proletariado debe aprovecharse, si, de las contradicciones y de las luchas entre imperialistas, como en general de la

J. G. GORKIN

(Pasa a la segunda página.)



Los trabajadores pararán la guerra con su acción revolucionaria



# El deber del proletariado ante la guerra

El número de septiembre de *Leviatán* contiene una polémica entre Marcel Ollivier y Luis Araquistáin en torno al VII Congreso de la Internacional Comunista. No es nuestro intento entrar en debate, en cuanto a lo que se refiere al Congreso propiamente dicho.

Pero sí que nos interesa hacer algunas consideraciones en cuanto a uno de los extremos debatidos en la polémica: Se refiere a la actitud del proletariado respecto a una guerra imperialista.

Acostumbrados a admirar en Araquistáin una visión justa, leninista, respecto a todos los problemas del marxismo, nos ha extrañado su posición respecto a la guerra y el conflicto italo-abisinio.

Dice Araquistáin: «La condenación igual de todos los Estados capitalistas y de todos los beligerantes de una guerra fundamentalmente capitalista carece de sentido político. Ese fué el error de Lenin durante la guerra de 1914. Si su táctica demócrata hubiera prevalecido en Francia y en Inglaterra, pero no en Alemania, hoy Europa sería, probablemente, germánica, y desde luego no hubiera habido o no se hubiera consolidado la revolución en Rusia: si hoy existe, es por la derrota alemana...»

De esta posición a la adoptada por los socialchovinistas en 1914, media muy poco. Araquistáin sólo tiene en cuenta la parte negativa de la consigna de Lenin: la de boicotear la guerra imperialista. Pero no tiene en cuenta la otra parte, la negativa: «Convertir la guerra imperialista en guerra civil.» Esto quiere decir que Lenin no preveía, que el proletariado inglés y francés debería cruzarse de brazos y esperar la invasión de las hordas bárbaras. No, Lenin, con su consigna, quería decir que el proletariado no debía derramar su sangre en beneficio de sus opresores. Pero que si la guerra era inevitable, debía aprestarse a luchar por sus propios objetivos. Otra cosa sería el decadente pacifismo pequeñoburgués.

Lenin hablaba con los hechos. Basta sólo recordar los días febriles antes de octubre y después de la toma del Poder por los bolcheviques. Una de las consignas mágicas del partido de Lenin fué establecer la paz. Paz, paz y paz querían las masas hambrientas y extenuadas. A esto salían las objeciones tanto del propio Gobierno Kerensky como de muchos escépticos: «Bien, pero si los alemanes no quieren concederla?» Y Lenin, que a más de un gran teórico marxista era un gran táctico, respondía más o menos (mi situación me imposibilita de transcribir el texto exacto): «Nosotros pondremos la paz a los alemanes; haremos todos los sacrificios para que se realice. Pero si los alemanes, ensoberbecidos, no acceden, entonces nosotros continuaremos la guerra. La guerra entonces será una guerra justa, revolucionaria, la guerra del proletariado triunfante para asegurar su poder.»

Esto es lo que correspondía al proletariado francés e inglés en 1914. Y lo que se tiene que hacer en el futuro. Primero, procurar evitar la guerra, si se le obliga a hacer la guerra, debe hacer que ésta no sea una guerra en beneficio de su propio imperialismo, sino una guerra justa, una guerra proletaria. En este momento, tiene aplicación la consigna de Lenin: «Convertir la guerra imperialista en guerra civil.»

Si el proletariado irá a la guerra. Pero antes hará la guerra contra su propia burguesía. Y será después,

cuando haya vencido a su propio imperialismo, cuando empujará las armas para hacer frente al invasor. Desde aquel momento, la clase obrera guerrera por intereses propios. No irá al exterminio, para que al final de la batalla su capitalismo se apropie territorios y haga tratados, como el de Versailles, que pasarán a la Historia como un modelo de monstruosidad.

Quien no comprende esto no puede comprender el leninismo. Es natural que Araquistáin, emprendida esta ruta, prosiga: «Pero si fracasara la Sociedad de las Naciones—que en este instante representa los intereses pacifistas y económicos de los grandes y pequeños Estados democráticos y antifascistas— e Italia recurre a las armas, ¿importa que alguien le salga al paso con las sanciones necesarias para evitar no sólo su victoria sobre Abisinia, sino —lo que vale más— su victoria nacionalista sobre la conciencia del pueblo italiano. Estos son, expuestos crudamente, los términos del conflicto.» Y más adelante, como complemento a lo expuesto anteriormente: «Por esto se comprende que el reciente Congreso de los Sindicatos ingleses haya votado por una inmensa mayoría en favor de las sanciones, incluso las militares, contra Italia, y no se explica, en cambio, que la Liga Socialista de Stafford Cripps y otros intelectuales ingleses se hayan pronunciado contra la intervención militar de Inglaterra en el conflicto. Ese es un pacifismo trasnochado que, sobre ser enteramente inútil, sólo sirve a los intereses de los países más agresivos en el exterior y más despóticos en el interior.»

Sólo cabe preguntarse una cosa: ¿Bajo el mando de quién iría a la guerra el proletariado inglés? No hay duda: de Baldwin, Eden, Hoare, los generales y almirantes imperialistas, y quizá, como una gran concesión, bajo el control del señor Mac Donald. Es este pequeño detalle que olvida Araquistáin. Una guerra así sería la catástrofe, la renuncia de los pocos objetivos proletarios que puedan aún quedarle al proletariado británico.

La monstruosidad de este punto de vista es evidente. Extraña que pueda defenderlo Araquistáin. El desentencimiento de las masas trabajadoras inglesas se produciría —si no antes— al terminar la contienda. Verían a la luz de la brutal realidad que las intenciones imperialistas de su Gobierno no eran otras que cortar el paso a Italia para que fuera Inglaterra quien se instalara cómodamente en Abisinia. La reacción que esto produciría sería la liquidación del movimiento obrero inglés.

Para poner más de relieve la absurda teoría de Araquistáin, trasladémosla a España. Nuestro país, por su posición geográfica, se encuentra en el teatro de la guerra que se prevé. ¿Cuál debe ser la actitud del proletariado español? ¿Pacifista? ¿Guerrera? ¿Adversarios de las sanciones militares? ¿Partidarios? No sabemos lo que contestará Araquistáin. Lógicamente, siguiendo el curso de sus razonamientos, debería ser partidario de la intervención española. En este caso, ya vemos a U. G. T. y el Partido Socialista Gil Robles en contacto con Lerroux-Gil Robles para objetivos comunes. Sería un espectáculo divertido. Al aniversario de octubre, vendría la reconciliación con tambores y toques guerreros, para que no faltara colorido en la farsa. Es una conclusión que la razón no admite ni la posibilidad,afortunadamente. De acuerdo. Pero a esto conduciría la posición falsa de Araquistáin en este aspecto.

La nota que ha publicado el Partido Socialista respecto al conflicto italo-abisinio parece que, en espíritu, viene a coincidir con Araquistáin. Viene a poner toda su confianza en la Sociedad de Naciones. ¡La Sociedad de Naciones! ¿A quién puede merecer confianza esta respetable entidad? No será a China, que ha visto, impotente, cómo la S. de N. se lavaba las manos ante las procaezas invasiones japonesas. No serán los pequeños Estados que nunca han visto respaldados sus intereses. La Sociedad de Naciones hoy no merece la conformidad de nadie. Es un Club de imperialistas que se reúnen periódicamente para repartirse el mundo. Y nada más. Un movimiento obrero que se estime no puede abandonar su suerte a la Sociedad de Naciones.

Mala ruta es la emprendida. Un partido obrero debe tener una política clara, concreta, justa, respecto a la plaga más devastadora de la humanidad.

# La voracidad del imperialismo británico

Desde 1870, el Gobierno británico se ha anexionado los territorios independientes siguientes:

- Beluchistán
- Burma
- Chipre
- Norte de Borneo
- Wei-hai-Vai
- Hongkong
- Kowell
- Sinai
- Norte de Guinea
- Sur de Guinea
- Este de Guinea
- Islas Salomón
- Islas de Tonga
- Egipto
- Sudán
- Uganda
- Somalia inglesa
- Zanzibar
- Transvaal
- Libre Orange
- Rodesia
- Africa central inglesa
- Africa oriental inglesa
- Nigeria

Como suplemento, fueron entregados a Inglaterra, al finalizar la guerra, los territorios siguientes para que fueran mantenidos bajo su control:

- Africa sudeste
- Mesopotamia
- Palestina
- Transjordania
- Tanganika
- Togo
- Camerin
- Samoa y otras islas del Pacífico

Y el Gobierno inglés de Baldwin-Hoare-Eden afirma que actúa en favor de las «pequeñas naciones!»

# La mujer obrera ante la guerra

La lucha que continuamente llevamos las mujeres obreras entra actualmente en una nueva etapa. Estos días recuerdan profundamente los del pasado año, aquellas jornadas históricas vividas por la clase obrera asturiana. La fe y el entusiasmo con que lucharon los trabajadores de ambos sexos, lucha en la que muchos dejaron sus vidas por un triunfo proletario.

Las mujeres obreras no podemos olvidar nunca a aquellas que se mostraron tan heroicas, con una espiritualidad tan firme durante las jornadas de la revolución socialista. Para todas las obreras de Cataluña, de España, es una gran lección. Nos han enseñado que debemos lanzarnos a la lucha como ellas. Por nuestra libertad y por el triunfo de la clase obrera. Desgraciadamente, nada de esto hicimos. Hay que comprender que si hubiéramos defendido nuestros derechos como debíamos, otro aspecto hubieran presentado las jornadas de octubre.

Es por esto, y porque la situación es cada día más grave, que debemos terminar con la cobardía que representa no intervenir activamente en la lucha de clases. No hemos de esperar a que nos lleven la libertad. Nosotras mismas

Socialista respecto al conflicto italo-abisinio parece que, en espíritu, viene a coincidir con Araquistáin. Viene a poner toda su confianza en la Sociedad de Naciones. ¡La Sociedad de Naciones! ¿A quién puede merecer confianza esta respetable entidad? No será a China, que ha visto, impotente, cómo la S. de N. se lavaba las manos ante las procaezas invasiones japonesas. No serán los pequeños Estados que nunca han visto respaldados sus intereses. La Sociedad de Naciones hoy no merece la conformidad de nadie. Es un Club de imperialistas que se reúnen periódicamente para repartirse el mundo. Y nada más. Un movimiento obrero que se estime no puede abandonar su suerte a la Sociedad de Naciones.

Mala ruta es la emprendida. Un partido obrero debe tener una política clara, concreta, justa, respecto a la plaga más devastadora de la humanidad.

hemos de conquistarla si no queremos estar siempre sujetas a la sociedad burguesa. Hemos de demostrar a ésta que no somos tan inferiores como su cultura pretende demostrar. En la sociedad proletaria no existe la inferioridad individual. Tenemos los mismos derechos y deberes que los demás obreros. Si no fuera así poco podríamos hacer en provecho del socialismo.

En la actualidad, uno de los problemas más graves es la guerra. La guerra que significa una amenaza contra toda la juventud ¿Qué debemos hacer ante tal situación? ¿Cuál es nuestra misión? ¿Dejar que se lleven a nuestros esposos, a nuestros hijos, a nuestros hermanos, a toda la juventud en general? No. Las mujeres y las madres más que nadie saben lo que es la guerra. No pueden consentir que vayan a matarse con sus hermanos de clase.

Si al menos todas esas masas juveniles fuesen al frente con una cultura revolucionaria, sabrían muy bien lo que tienen que hacer dentro de esta lucha imperialista. Volverse contra sus verdaderos adversarios, la burguesía, y transformar la guerra imperialista en guerra civil. Entonces sí que defenderíamos nuestros derechos y los de toda la clase obrera.

Pero la sociedad burguesa procura impedir por todos los medios que los jóvenes puedan forjarse un ideal, una moral revolucionaria. Es sólo a base de sacrificios y de luchas como se va consiguiendo.

¡Juventud obrera! Hoy tu ayuda es necesaria en todos los sentidos. Debes tener presente que la unión de la clase obrera es lo único que puede impedir la monstruosa guerra y la barbaridad del fascismo. Debes formarte una ideología revolucionaria; actuar en un partido marxista, en un sindicato de clase. Este es el camino que tienes que seguir. Si sólo te dedicas a tu trabajo, es poca cosa. Tienes que militar.

¡Mujeres obreras! En estos momentos, nuestra ayuda es más necesaria que nunca. Ayudemos a nuestros camaradas a forjarse una cultura obrera y trabajemos también para tenerla nosotros. Es el camino más seguro para impedir la guerra imperialista y lograr el triunfo obrero.

JUAN VILA

Prisión de Sabadell.

MONTSEERAT ALSINA

# En torno a la unión del proletariado

Con insistencia vienen hablando los periódicos que las distintas escuelas socialistas publican en España sobre la unión, tan necesaria entre la clase trabajadora. Recuerdo que después de la huelga revolucionaria de agosto de 1917, los periódicos obreristas de una y otra tendencia se ocuparon por espacio de algún tiempo de la conveniencia de que los obreros se unieran, al igual que lo hubiera hecho la burguesía para dar palos a todos por igual, sin mirar si eran anarquistas, socialistas o comunistas.

La idea lanzada en aquella fecha no tuvo gran éxito, pero en lo que toca a Asturias algo se alcanzó. Como consecuencia de aquella propaganda unionista que vino por las lecciones recibidas durante y después del movimiento sofocado por el Gobierno Dato-Sánchez Guerra, se fusionaron los metalúrgicos y mineros que hasta aquella fecha vivían divididos en toda la provincia. En algunas localidades del resto de España también se dieron casos como el de Asturias, pero la idea que animó a los iniciadores de aquella campaña no tuvo, ni mucho menos, el resultado que era de desear. ¿Quiénes fueron los causantes de que se malograra aquella idea? No hemos de señalarlo ahora aquí, porque si de unces se había operado el reformismo opuesto a toda actuación revolucionaria, de otros, de tal forma se había apoderado el absurdo (como así se puede calificar a aquella proposición dando veinticuatro horas de término para pensar y resolver sobre la fusión de las dos centrales sindicales), que no les dejaba ver la realidad de las cosas.

Contra la opinión de muchos trabajadores que veían con desagrado las luchas entre hermanos, se llegó fraccionados hasta 1933, en que por iniciativa del B. O. C. se crearon las Alianzas Obreras, las que, aunque a excepción de Asturias, la C. N. T. no estaba en ellas representada, era un paso de consideración hacia la unidad del proletariado.

Octubre del 34, que fué lo que fué gracias a la Alianza Obrera, creo habrá completado la obra que dejó empezada en agosto de 1917. Si en el 17 no miraron para ejercer la represión, la filiación política e ideológica de los que se levantaron contra el Gobierno reaccionario de aquella época, en nada se quedó atrás hoy el Gobierno Lerroux-Gil Robles. Dos experiencias que no deben ser desaprovechadas. Si el capitalismo, cuando al salir triunfante en una lucha no mira para castigar la ideología de cada uno de los que contra él lucharon, ¿qué razón hay para que los trabajadores estemos divididos en distintos partidos y organizaciones sindicales? Si esfuerzo supone el trabajar por conseguir que en España no haya más que una Central Sindical y un solo Partido Obrero, hay que realizar ese esfuerzo. Por esa unión clamaban las masas obreras que han visto que era inútil todo esfuerzo para derribar el capitalismo si aquí no es realizado por todos los que ansian transformar este régimen de desigualdades por otro más justo.

De las distintas organizaciones proletarias de Asturias ninguna se hace hoy la ilusión de que se basta a sí misma. De ahí que los periódicos obreros de esta región son los que con mayor intensidad se ocupan del problema de la unidad. ¿Cuántas son las causas para que suceda lo que dejamos dicho? La jornada de octubre del 34 enseñó a los trabajadores asturianos más que todos los discursos y artículos periodísticos que pudieran hacer los propagandistas que más entregados estén a la labor de unificación.

En esta labor unificadora se ve la posición poco clara de los organismos socialistas, aunque dentro de aquéllos hay bastantes que propugnan por la idea de unificación. Faeta la opinión oficial, que es la de los Comités del P. S. y de la U. G. T., que hasta la hora presente no se han creído en el deber de darla.

Es hora ya de no permanecer en silencio en problema de tanta trascendencia. Muchas de las masas de la U. G. T. desean que este organismo actúe con la claridad precisa en el asunto de la unidad y debe dárseles satisfacción. Si consideramos deseara algunas de las proposiciones hechas por los hombres del comunismo oficial, porque también entendemos que los cargos directivos han de ser desempeñados por aquellos que sean elegidos por mayoría de asociados, creemos equivocada la conducta de las Comisiones Ejecutivas socialistas al guardar el mutismo que guardan en un problema como el de la unidad del proletariado, cuya esperanza es lo que anima a muchos trabajadores dispuestos a proseguir la lucha hasta vencer.

Por otra parte, el ejemplo que nos viene de Francia debe servir para que trabajemos más en firme en el problema de la unidad. A los hombres que ocupan los puestos de dirección en la U. G. T. y en la C. N. T., que les consta a unos y a otros que ese es el deseo unánime del proletariado.

AQUILINO MORAL

La Felguera (Asturias).

## Nota bibliográfica

### Hacia la segunda revolución

de Joaquín Maurín 1935

El periódico socialista *Nuestra Lucha*, que aparece en Murcia, ha publicado el siguiente comentario, a propósito del libro de Maurín.

Joaquín Maurín, marxista y comunista del B. O. C., nos ha brindado un estudio sustancioso acerca del proceso revolucionario de España que inicia el 14 de abril y culmina en el octubre rojo de 1934. *Hacia la segunda revolución* contiene relato y crítica. Relato en que, llenas de vigor pictórico, se recrean las escenas más significativas de ese proceso. Crítica que sobrepasa en mucho al estilo superficial y anecdótico que es común en esta clase de ensayos. Maurín es uno de los pocos ensayistas fríos, precisos, analíticos, que impresionan en el modo de decir. Suprime todo efectismo literario; y para utilizar maestramente ese arte, esa manera a lo Ilya Ehrenburg, cáustico, cortante, que tan gran sensación causa. El Oviédo de octubre de 1934, noble de llamas proletarias, montañas, roble, inteligente y ejemplar, se rehace en las páginas de Maurín. Allí «La revolución es sobria, espartana». También el libro, sin proponérselo su autor, es un poema épico que canta en prosa toda una epopeya revolucionaria, marxista. Y para el estudio profundo de las causas y los resultados de la gesta proletaria de octubre, lo reputamos un índice difícilmente superable.

# La lucha anticatólica en Méjico

Por Juan Méndez

der católico en Méjico. La contrarrevolución de Díaz no restaura a la Iglesia en su antigua posición, sino que desconoce algunas de las leyes más radicales, especialmente aquellas que dicen relación con la educación. Las escuelas católicas son abiertamente toleradas por algunos treinta o cuarenta años y los conventos y monasterios existen débilmente disfrazados. La Iglesia, por consiguiente, combate la revolución de Madero en 1910, y cuando Madero es asesinado y la revolución popular agraria estalla, los campesinos saquean, quemar y destruyen las iglesias y echan fuera del país a la inmensa mayoría del clero.

La Constitución de 1917, redactada hacia el fin de la guerra civil agraria, comprende a las leyes de 1857 y las agudiza, las hace más enfáticas, completando lo que es probablemente el cuerpo de leyes anticatólicas más radical del mundo. Contra esta Constitución y todos los Gobiernos que la defienden la Iglesia pone en juego todo su siniestro poder. Objetivo: derrocar el Gobierno y revisar la Constitución, en alianza con terratenientes, compañías petrolíferas, compañías mineras y otros intereses capitalistas y semi-fundidos afectados por las nuevas leyes. En otras palabras, el objetivo es la contrarrevolución.

En 1926, la campaña anticonstitucional estalla abiertamente. Aparece como parte de otras rebeliones: generales completando revueltas palaciegas, dirigentes financiados por el capital nacional y extranjero y otras. El eje del movimiento es, sin embargo, la campaña católica. El Gobierno golpea duro, y la Iglesia llama entonces a todas sus reservas, declara la huelga y ordena un boicot económico nacional con el objeto de paralizar los negocios y, por consiguiente, echar por tierra al Gobierno. Pocos previeron el resultado. Se dió por descontado que, dada la gran piedad de la abrumadora mayoría de la población, el desafío de la Iglesia constituiría la mayor amenaza y significaría, probablemente, la guerra civil.

Pero la guerra civil que la Iglesia creyó que estallaría con sólo apretar un botón, se esfumó entre montañas. El noventa y cinco por ciento del pueblo no se mezcló en el asunto. Comentaban animadamente, pero ni boicoteaban, ni peleaban. Y cuando, en 1929, Morrow consiguió que las iglesias fueran reabiertas, el clero volvió a la legalidad y encontró que en cientos de aldeas las bienvenidas eran marcadamente frías. El pueblo había descubierto que podían pasarle muy bien sin los curas. Ahorran dinero.

El poder de la Iglesia ha desaparecido casi totalmente y sólo puede contar con el apoyo social de las capas más adineradas de la clase alta y una frínia parte de la pequeña burguesía. La mayor parte de la pequeña burguesía, los obreros y los campesinos, son indiferentes o francamente hostiles al programa político que presenta la Iglesia. La mayor parte de las mujeres, sin embargo, son decididas partidarias de la Iglesia, pero su peso político es muy escaso, y, por otra parte, se guían —llorando, pero obedeciendo— por los deseos de sus maridos.

La cuestión Iglesia-Estado no tiene, por consiguiente, mayor importancia que la de ser el objetivo número uno de la revolución democrática burguesa. Por ahora, los trabajadores y campesinos mejicanos van adquiriendo una creciente conciencia de clase y están interesados en obtener ventajas económicas concretas; distribución de tierras, mayores salarios, organización sindical, seguro obrero y otras garantías parte de un programa clasista revolucionario. Está in quietamente, sospechosamente, airadamente extraviando lo que le ha sucedido a la «Revolución» por la cual ellos tan duramente pelearon. La Constitución hace muchas promesas, pero, sin embargo, las condiciones de vida no han cambiado lo suficiente como para justificar la pelea realizada. Los precios, gobernados por una política inflacionista, están empezando a elevarse. Las minas trabajan ahora día y noche, se construyen caminos y se levantan fá-

bricas, pero de todo esto ellos no obtienen nada, sino el sentimiento desagradable de que han sido defraudados.

Precisamente antes de las últimas elecciones, fuertes y profundas corrientes de revuelta se hicieron perceptibles en casi todas partes de Méjico. Huelgas, raid de guerrilla a los cuarteles generales del partido de Calles, toda clase de incidentes de mayor o menor significación indicaban que la clase obrera mejicana estaba en movimiento. Al mismo tiempo, naturalmente, los viejos y nuevos capitalistas, armados, empezaron a movilizarse también con el objeto de tomar el Gobierno, sea bajo la forma de una dictadura al estilo antiguo o bajo la forma fascista. La campaña de la Iglesia empezó de nuevo, partió hábilmente en pequeña escala extendida en forma metódica, particularmente por los agentes jesuitas, que constituyen la espina dorsal del movimiento clerical-fascista a través de todo el mundo (España, Austria, Portugal, Argentina).

Fué fácil, conveniente y espectacular para el Gobierno aprovechar este movimiento para hacer una buena demostración de revolucionarismo, golpeando duro al clero católico y a los agitadores católicos. Esto fué hecho especialmente por los demagogos nacionalistas, tales como Garrido Canabal, Adalberto Tejeda y otros que buscaron una posición política agitando un programa combinado agrario-antix extranjero-anticlerical. Calles, astutamente, hizo cancha, admitiendo a la mayoría de la banda de comensales en el nuevo Gabinete, con el objeto de tenerlo con un ojo de bajo precio.

No fué suficiente, sin embargo. El Partido Nacional Revolucionario, luchando duro para mantener su garrra en el Gobierno tuvo que hacer bien número de alarmantes concesiones. Todas ellas están contenidas en un hermoso libro rojo llamado el PLAN SEXENAL (Plan de seis años). Vale la pena considerarlo en detalle, pues destaca en blanco y negro que la lucha de clases es inherente al sistema económico bajo el cual vivimos, llama al

fortalecimiento de la clase obrera con el fin de ir «hacia el socialismo», y aboga por el sufragio universal y secreto, leyes de salario mínimo; libre atención médica para los obreros; seguro de cesantía, enfermedad y vejez; ayuda fiscal a las Cooperativas de productores y consumidores; nacionalización de las minas, ferrocarriles, petróleo y energía eléctrica. Y finalmente aboga por la educación socialista (indefinida).

Cuanto de este asombroso plan —que también contiene algunas concesiones en favor de los capitalistas nacionales o contra los extranjeros y abre la puerta a una brillante perspectiva de acomodos entre la finanza fiscal y semi-privada, hipotecas y otras empresas— será realizado, depende, por supuesto, de como presione cada clase favorecida. Con todos sus chistes, no debe ser subestimado, pues proporciona a los trabajadores un buen margen de escape. Tanto que ya ha tenido un efecto importante. Ha estimulado la organización en tal forma que ahora por primera vez en muchos años Méjico tiene nuevamente un fuerte movimiento obrero.

Podemos asegurarlo. Las cláusulas «obreristas» del Plan Sexenal existen porque los trabajadores ya estaban organizados poderosamente. Ellos son los importantes para el rápido desarrollo de una situación revolucionaria. Es frente a esto que la banda de Calles maniobra con el fin de mantener la lucha en el campo cultural. Es más fácil, evidentemente, ir «hacia la izquierda» pintando, escribiendo o enseñando antes que ceder a la presión revolucionaria cuando ella toca a los capitalistas Calles y Cia. y afecta a los bolsillos imperialistas. De aquí que el foco de la lucha es ahora la ley de educación socialista que constituye exactamente ni más ni menos que un rudo golpe para la Iglesia. Pues la única base económica dejada al clero es enseñar en las escuelas privadas. Evidentemente, ellos no pueden enseñar «socialismo» como lo exige la ley; ello significaría su excomunión por la Igle-

sia. Esta asume una posición defensiva desesperada, pidiendo la intervención norteamericana desde que es ahora, literalmente, su única esperanza. El Gobierno, mientras tanto, proporciona un robusto espectáculo fuera de la pelea. Da a los demagogos pequeñoburgueses algo que hacer, y a la «intelligentsia» ruidosamente «socialista» de ala izquierda del partido de Calles algo confuso en qué pensar. Es de presumir que supone convencer a los obreros y campesinos que Calles es Lenin, después de todo.

Pero ellos (los obreros) no se dejan impresionar. Y no toman parte, a menos de ser bien pagados o duramente amenazados, en los desfiles en favor del Gobierno o de la Iglesia. Los alborotos alrededor de las iglesias son por regla provocados por uno u otro bando.

La burguesía se encuentra medio indiferente, medio esperanzada, y ayuda secreta pero débilmente a los agitadores católicos. Ciertas partes de ella —los profesionales liberales especialmente— han intentado apoyar la agitación de la Iglesia a propósito de la «libertad de palabra», reclamando curiosamente que la educación socialista era una medida objetable porque violaba la libertad de palabra. Este sainete de gesticulación irresponsable fué apoyado —en el hecho, inspirado— por el Partido Comunista. Hizo de compañera de cama del rector reaccionario de la Universidad y de la «intelligentsia» radical, marca F. S. U. (?). Con mucha ventaja para Calles, la clase obrera mejicana tiene ahora razón para admirar al partido stalinista y el clero católico son hermanos bajo la piel. Aparentemente sus líderes no han sido capaces de abarcar el hecho de que todas las medidas progresivas abogadas por el Gobierno de Cárdenas (Calles) eran forzadas por la presión de la clase obrera. En lugar de apoyarlas, insistiendo en que deben ser cumplidas, ellos las atacan con la teoría anarquista de que todo lo que viene del Gobierno debe ser repudiado y condenado. Por ellos el fin de toda actividad es dar una estridente demostración revolucionaria; aunque sea en táctica alianza con los padres de la misma contrarrevolución.

Méjico.

Leed ¡ALERTA!

## ¿Deben los anarquistas y sindicalistas intervenir en las elecciones?

En noviembre de 1933, en plena campaña electoral, los directivos de la C. N. T. y de la F. A. I. se entregaron a la propaganda abstencionista más sistemática, más funesta que se había conocido. Jamás los anarquistas españoles habían gastado tantos esfuerzos para una labor positiva como en aquellas circunstancias para una labor puramente negativa. Obraban conscientemente y sabiendo lo que hacían o eran juguete de los partidos reaccionarios. Ellos, al menos, no ocultaban su pensamiento: querían provocar una derrota de los partidos obreros y republicanos y, por consiguiente, la victoria de las derechas para ir acto seguido a la Revolución. Este argumento era por demás absurdo y ya lo combatimos debidamente en su tiempo.

[Bonita manera de hacer obra revolucionaria dándole el Poder a los reaccionarios! Una organización que se sentía incapaz de conducir a la clase obrera a la Revolución antes de las elecciones creía que después de éstas y del entronizamiento de la contrarrevolución sería capaz de hacerlo.

Una buena parte de las masas trabajadoras, desilusionada ante la obra de los gobernantes republicano-socialistas y de las Cortes Constituyentes, que no habían sabido recoger sus anhelos, su vibración, sus ansias de transformación revolucionaria — sólo reprimir éstos habían sabido —, se dejó coger por la argumentación simplista de los anarquistas. Y no votó a los partidos obreros y republicanos de izquierda, con lo cual se facilitó la victoria de los reaccionarios. Esta victoria no se debió, claro está, a la sola propaganda abstencionista de los anarquistas, pero sí contribuyó grandemente a ella. Los anarquistas cumplieron después su palabra, pero, como era fácil prever, su Revolución se convirtió en un «putsch» lamentable, por el que aun hoy camarádas en los presidios.

Aquella experiencia, como todas las experiencias, no fue infalible para todos. Ya entonces se oyeron voces disidentes en el propio campo anarcosindicalista. Después vino el movimiento de octubre. Los anarquistas han podido ver que todos sus movimientos pasados quedaban reducidos a bien poca cosa ante la magnitud de la gesta de octubre, sobre todo en Asturias, con honra para la C. N. T. asturiana y para su valeroso militante José María Martínez. Y ahora nuevamente se plantea la cuestión: ¿Deben los anarquistas y los sindicalistas intervenir en las elecciones?

No somos nosotros solos quienes planteamos la cuestión. La han planteado los camaradas Domingo Torres, prestigioso militante de los Sindicatos de Oposición; Mercedes Maestre, militante activa e inteligente de la F. S. L.; Tronchoni, conocido luchador sindicalista, en el artículo que insertamos hace tres semanas en estas mismas columnas, y hoy un camarada anarquista extremeño también en nuestro periódico. Eso quiere decir que si no todos, muchos camaradas anarquistas se dan cuenta de su responsabilidad en estos momentos y comprenden que la abstención electoral pura y simple es suicida.

Torres dice en un artículo de *Sindicalismo*: «He aquí el reconocimiento por nuestra parte, que en el primer plan se plantea la lucha política. Sin esa conquista inmediata, sin el ensanchamiento de esa base de acción, el proletariado no puede desenvolver todas sus actividades y, por ende, no puede crear las condiciones necesarias para una total transformación social.» Y más adelante: «La salida de esta situación consiste en derrotar políticamente a las fuerzas que hoy usufructúan el Poder. Para eso, es decir, para encontrar una salida a esa situación creada por octubre, hay que reír una batalla donde va aparejado el porvenir del proletariado, de todo el proletariado.» Y por tanto, nosotros —hablando claro— no propugnamos ni la abstención a esa «lucha legal» ni el abdicacionismo de otras veces. Para nosotros, la «lucha legal» va dirigida contra los enemigos del proletariado, que son los que aplastaron la Revolución del 6 de octubre, y reconocer que esta acción es necesaria no implica por ello que tengamos que presentar nombres de sindicalistas revolucionarios para esa «lucha legal». [No es necesario.] A la pregunta de si darán sus fuerzas a los partidos obreros o a los de tipo democrático de izquierda, contesta: «Si la lucha tiene significación revolucionaria, es indudable que la batalla está entabada entre proletariado y capitalismo. Por tanto, estaremos con los partidos de la clase obrera, con los partidos revolucionarios que aspiran a destruir al capitalismo, con ellos, en esos momentos y en todos.»

El camarada Torres plantea el problema como debe plantearse: de una manera clara y concreta. El proletariado fué derrotado —no vencido— en octubre. Se trata ahora de abrir el período de transición entre las batallas de octubre y las próximas batallas revolucionarias. De octubre acá, el bloque gubernamental-reaccionario que reprimió la insurrección asturiana se ha descompuesto totalmente. Existe hoy una reacción popular formidable en todo el país. Pero no nos encontramos todavía en condiciones de ir a la conquista del Poder por y para la clase obrera por medio de un nuevo movimiento insurreccional. Estamos en el camino de la segunda Revolución. Las circunstancias mandan, no nosotros; y las circunstancias quieren que ese camino pase por lo que Torres llama «lucha legal», es decir, por unas elecciones. En esas elecciones el proletariado se lo juega todo. De su resultado depende el que nos acerquemos al triunfo de esa segunda Revolución o,

por el contrario, el triunfo del fascismo y al apastamiento por mucho tiempo del proletariado. ¿Pueden en estas condiciones desinteresarse de la batalla electoral los militantes y las organizaciones responsables del proletariado, so pretexto de que son «apolíticos» y «antielectorales»? Hacerlo así sería un crimen, un suicidio. Sería hacerles el juego a los contrarrevolucionarios que reprimieron nuestro octubre, a los fascistas que aspiran a aplastarnos bajo el peso de su dictadura. Torres, Mercedes Maestre, Tronchoni, y otros muchos camaradas sindicalistas, haciéndose eco del sentir de las grandes masas trabajadoras y como militantes responsables que son, no pueden consentir eso. Y plantean valientemente la cuestión.

Ni que decir tiene que no todos los militantes sindicalistas y, sobre todo, anarquistas, coinciden con el sensato criterio de los compañeros antes citados. Pestaña afirmó en Valencia hace unos días que si Lerroux hizo poner en libertad a los anarquistas en vísperas de la última crisis ministerial fué porque preveía la eventualidad de una próxima consulta electoral y contaba con la campaña abstencionista de esos elementos. Dejamos a Pestaña la responsabilidad de esa afirmación; él tiene sus entradas y salidas cerca de Lerroux y sabrá por qué dice eso. Lo cierto es que una campaña abstencionista como la de noviembre de 1933, aun cuando no encontrara el eco que encontró entonces, por la sencilla razón de que hoy las masas obreras cuentan con una experiencia que entonces no contaban, favorecería a Gil Robles, Lerroux y Cambó, es decir, al conglomerado reaccionario y fascista, en contra de los trabajadores y de la Revolución. Y ello sería una traición inconfundible que acabaría de hundir en el cieno a quienes la hicieran.

Los sindicalistas y los anarquistas saben que un partido de clase, verdaderamente revolucionario —como lo es el nuestro—, no puede ser un partido electorero. Para nosotros las elecciones no son más que un arma más en la lucha contra la burguesía. Demasiado sabemos que no será por medios electorales como el proletariado conquistará el Poder, sino por medio de la lucha revolucionaria, por medio de la insurrección armada, es decir, siguiendo el camino de octubre. Quienes creen que después de las elecciones podrán entregarse a un juego parlamentario sin consecuencias, dormir en sus escafates, pasar a cobrar las mil pesetas cada mes, se equivocan de medio a medio. La lucha se librará en el Parlamento, pero como un reflejo de la lucha de la calle. El diputado que no esté dispuesto a batirse en el Parlamento y en la calle, que no se sienta con ánimos de ocupar un puesto de vanguardia, quedará desplazado inmediatamente.

Mas no extendamos más este comentario, ya que las circunstancias nos obligarán a volver con frecuencia sobre el tema.

J. G. G.

### A remolque de Azaña

## El oportunismo del Partido Comunista Oficial

En su degeneración oportunista, los comunistas oficiales dejan pero que muy atrás a los reformistas más recalcitrantes. El Pacto Comunista dió su adhesión al mitin de Azaña en Barcelona. Ahora ha dado su adhesión al mitin de Madrid, por medio de un manifiesto que no tiene, en verdad, desperdicio. «A este mitin acudirán miles y miles de obreros y antifascistas a expresar sus anhelos de justicia social.» Ahora resulta que los anhelos de justicia social del proletariado quedan simbolizados en la figura de Azaña. Y después: «Nosotros no compartimos en muchos aspectos las ideas del señor Azaña y de la entidad organizadora del mitin.» ¿Eso quiere decir que en otros muchos aspectos los comparten? Y más adelante: «Estamos seguros de que al acudir los trabajadores por millares darán un ejemplo magnífico de disciplina proletaria.» «Los obreros asistentes al mitin sellarán con su presencia en masa el frente único proletario.» Para el P. C., la disciplina proletaria consiste en acudir al mitin de Azaña, en sellar el frente único proletario en torno a Azaña. ¿Cómo es posible caer tan bajo? ¿A qué extremos conduce el oportunismo cuando se cae en él?

Cuando se proclamó la República, en plena borrasca republicana y cuando el problema estaba planteado entre República y Monarquía, el P. C. manifestó su estúpido ultrazquierdismo gritando «Abajo la República!», con lo cual no logró más que un resultado: divorciarse de las masas. Ahora, después de cuatro años y medio de experiencia republicana, y cuando ya las masas se orientan hacia una salida revolucionaria, el P. C. se arrastra e remolque de los republicanos. Y Azaña es su grande hombre. Y todo ello, porque así conviene a la política exterior de Stalin y de su Gobierno soviético. El proletariado conscientemente revolucionario no les seguirá por ese camino.

### El discurso de Azaña

En nuestro próximo número haremos un amplio comentario al discurso pronunciado por Manuel Azaña en Madrid. Nos falta tiempo material para hacerlo en éste.

## Resolución del Congreso de Unificación del B. O. C. y de la Izquierda Comunista

### Posición sindical

I  
El Partido Unificado, partiendo precisamente del supuesto de que la unidad de la clase trabajadora es una condición indispensable para que ésta logre adquirir la fuerza necesaria para vencer a la burguesía y hacer que triunfe la revolución proletaria, es ardentemente partidario de la Unidad Sindical de todas las fuerzas trabajadoras.

Esta unidad sindical puede ser ayudada por el Partido Unificado, y a su consecución consagrará todos los esfuerzos.

El problema de la unidad sindical tiene dos aspectos: uno en Cataluña, dadas las condiciones especiales de movimiento sindical y su mayor fraccionamiento, y otro, en el resto del país.

II

La posición del Partido Unificado, por lo que respecta a Cataluña, en su esfuerzo hacia la unidad sindical, es el siguiente:

La clase trabajadora de Cataluña, sindicalmente se encuentra dividida y agrupada de este modo: Confederación Regional del Trabajo de Cataluña (C. N. T.), Sindicatos de Oposición en la C. N. T. (treintistas), Sindicatos excluidos de la C. N. T. (Sindicatos influenciados por el B. O. C.), Unión General de Trabajadores, Sindicatos influenciados por la Unión Socialista de Cataluña, Sindicatos Autónomos.

Es evidente que el problema no puede ser planteado diciendo que lo que conviene hacer es el agrupamiento de todos los Sindicatos dentro de uno de los sectores existentes. Quien hasta hace poco había tenido una mayor personalidad sindical, agrupando entonces a la mayoría de la clase trabajadora organizada, era la Confederación Regional del Trabajo (C. N. T.). Y, precisamente, dos sectores importantes: Sindicatos de Oposición y Sindicatos Excluidos han tenido que colocarse al margen de la C. N. T., a causa de la falta de democracia sindical, de la dirección sectaria, exclusivamente anarquista que predomina dentro de ella, lo que ha hecho transformar a la Confederación Nacional del Trabajo, más que en una organización sindical propiamente dicha, en un partido político: el partido de los anarquistas.

La unidad sindical en Cataluña ha de ser creada al margen de todos los grupos existentes, convocando a una Conferencia de Unidad Sindical a todas las organizaciones y Sindicatos existentes.

El objetivo fundamental de esta Conferencia consistirá en aglutinar las fuerzas sindicales obreras de Cataluña en una Organización basada en los principios de clase y de la más absoluta democracia sindical.

La Organización sindical que se forme mantendrá una relación de cordialidad con las dos centrales sindicales existentes en España: la Unión General de Trabajadores y la Confederación Nacional del Trabajo, sin adherirse a la una ni a la otra, pero trabajando por la fusión de esas dos Centrales Sindicales.

Ahora bien; la Organización de Unidad Sindical que se construya en Cataluña no pretenderá en manera alguna desempeñar como tal un papel permanente, sino que se convertirá desde el primer momento en el núcleo más ferviente de la unidad sindical en toda la Península. Y cuando la U. G. T. y la C. N. T. acaben por sumarse, gracias al movimiento de integración que conviene determinar, la Organización de Unidad Sindical de Cataluña se integrará asimismo, pasando entonces a ser la Federación Catalana de la Confederación General que haya sido constituida.

III

Fuera de Cataluña, el movimiento sindical no está tan disgregado. Hay dos organizaciones de un gran peso sindical: la U. G. T. y la C. N. T.

Los militantes del Partido Unificado trabajarán, por lo general, dentro de los Sindicatos de la U. G. T., por ser la organización sindical española en donde se tiene un mayor respeto a la democracia sindical y por agrupar la que más al proletariado. En casos excepcionales podrá militar en la

C. N. T. y en los Sindicatos autónomos o de Oposición que pueda haber.

Sin embargo, la política sindical del Partido Unificado, fuera de Cataluña, consistirá en hacer que los obreros y Sindicatos autónomos se adhieran a la U. G. T. Y, dentro de la U. G. T., se trabajará firmemente en favor de la unidad sindical, unidad sindical que no puede consistir, como pretenden los directivos anarquistas y los directivos socialistas, formándola dentro de la C. N. T. o de la U. G. T., sino que será el resultado de un Congreso de fusión de las dos centrales sindicales, más la organización de Unidad Sindical existente en Cataluña, más los organismos autónomos que pueda haber.

La política del Partido Unificado se caracterizará, pues, por su lucha consecuente con objeto de lograr la unidad sindical de todos los trabajadores, formando finalmente una Central Sindical única en todo el país.

### ALIANZA OBRERA

La Alianza Obrera es el Frente Único de los trabajadores, Frente Único que posee condiciones defensivas y ofensivas.

Por medio de la Alianza Obrera —unidad de acción—, el movimiento obrero concentra sus fuerzas sin necesidad de destruir la independencia de sus organizaciones y lucha para oponerse al triunfo de las fuerzas contrarrevolucionarias.

Después de la toma del Poder por la clase trabajadora, la Alianza Obrera se convierte en organismo insurreccional en instrumento de Poder. El Estado burgués ha de ser reemplazado por algo nuevo, que está representado precisamente por la Alianza Obrera.

La Alianza Obrera viene a desempeñar en nuestro país, basándose en las condiciones reales del movimiento obrero, el papel que en la revolución rusa desempeñaron los soviets: organismos de Frente Único, primero; insurreccionales, luego, y de Poder, después.

La aparición de la Alianza Obrera es, sin ningún género de dudas, en la historia de nuestro movimiento obrero, un acontecimiento trascendental.

El Partido Unificado, convencido, pues, de la importancia de la Alianza Obrera hasta conseguir que formen parte de ella todas las organizaciones de trabajadores existentes, procurando asimismo que tenga lugar la coordinación general de la Alianza Obrera —Alianza Obrera nacional—, imprescindible de todo punto para la eficacia de la acción obrera, tanto en los movimientos ofensivos como en los defensivos.

## La Federación Socialista Valenciana contra las campañas difamatorias

Por un comunicado de la Ejecutiva de la Federación Socialista Valenciana, insertado en el órgano de la Juventud Socialista de Valencia, nos enteramos de que el Pleno del Comité Provincial de dicha Federación, celebrado el 29 de septiembre, condenó, por unanimidad, la campaña de difamación sostenida por dicho órgano.

Si, jóvenes socialistas valencianos: la crítica doctrinal y política, incluso la polémica viva, están en todo momento justificadas; lo intolerable, lo censurable son las campañas difamatorias, impropias de proletarios conscientes.

## Conferencias y mítines en la región levantina

El jueves, día 24, a las diez de la noche, en la Esquerda Valenciana del Grao (Valencia), conferencia de Gorkin sobre el tema «La situación política actual y la guerra.»

El viernes, día 25, gran mitin en Vinaroz con Rabasa, Gorkin y Nin. El sábado, día 26, a las diez de la noche, conferencia de Gorkin en la Unión Republicana, Lepanto, 17, Valencia, con motivo del aniversario del asesinato de Luis de Sirval, sobre el tema «Lo que pasó hace un año.»

El domingo por la mañana, mitin en el Teatro Victoria, del Puerto de Sagunto, y por la noche mitin en Sagunto, organizado por el Comité «Luis de Sirval». En ambos tomará parte el camarada Gorkin.

## Nuestra posición marxista frente a la guerra

El Partido Socialista y la «Concentración Popular» (léase Partido Comunista oficial) han fijado su posición frente a la guerra italoabisinia y sus posibles derivaciones en dos comunicados de prensa. Ambos documentos constituyen la revelación flagrante de un pensamiento capitulador. Los autores de esas notas apelean a los buenos oficios de la Sociedad de Naciones para que conjure el conflicto.

Las resoluciones de Stuttgart y Basilea, elevadas por Lenin a la categoría de regla histórica para el proletariado sobre la base de la consigna de transformación de la guerra imperialista en insurrección y guerra civil, son sustituidas por una invocación al pacifismo de Ginebra, de la «Sociedad de bandos imperialistas». (Lenin) Semajante conducta es, en unos, la lógica continuación de la que observaron en 1914, y en otros, una consecuencia directa del viraje impuesto a la III Internacional: «La lucha, en la hora actual, no está planteada entre dictadura del proletariado y fascismo, sino entre democracia y fascismo.» (Dimitrov. VII Congreso de la I. C.)

Debemos al «genial» descubrimiento de Dimitrov, en el laboratorio de la alquimia staliniana, esta rectificación radical del análisis leninista. Si la época actual, el imperialismo, es la última etapa del capitalismo (Lenin) y, por consiguiente, la consigna no puede ser otra que la dictadura del proletariado, no se comprende cómo siendo el fascismo la última forma de dominación política de la burguesía, la lucha deba de centrarse entre dos formas diferentes de un mismo sistema de dominación y no entre el fascismo y la dictadura del proletariado, entre capitalismo y comunismo. Lo que ha sido una bandera de combate, convirtiéndose en los tiempos heroicos de la Internacional Comunista, se convierte, por decisión burocrática, en un estorbo del que es preciso desembarazarse para tener las manos libres y apuntillar los fundamentos de la revolución de octubre.

Una nueva guerra imperialista no puede conducir más que a una de estas dos soluciones: fascismo o marxismo. La democracia, si no estuviese ya bastante triturada, quedaría pulverizada. Situarse en los cuadros de la democracia formal, burguesa, cuando las condiciones han madurado plenamente para la revolución proletaria en una serie de países avanzados y una guerra puede abrirnos el camino de la revolución mundial, no tiene más que un nombre: traición. Otra traición como la de 1914, dictada esta vez por otro mito: la defensa del bloque francosoviético.

La Sociedad de Naciones no ha dejado de ser una «sociedad de bandos imperialistas». La guerra del Chaco y la conquista militar de Manchuria son dos demostraciones concluyentes. La S. de N. no es sino un instrumento al servicio de esa constelación de Estados vencedores en 1914, sobre la base del mantenimiento de unos tratados (Versalles, Neuilly, Saint-Germain, Trianon, etcétera) que legalizan la opresión de una serie de pueblos que no hicieron sino cambiar de yugo: ucranianos, eslovenos, montenegrinos, dámatas, magyares, macedonios, etc., etc., y ensanchar el imperio colonial de Inglaterra y Francia. En su seno chocan dos intereses opuestos de un mismo sistema: el de los Estados Unidos progresivos que llegaron pronto y el de los retrasados que llegaron tarde al reparto del mundo. Tal es el caso concreto de Italia. En el conflicto del Chaco, como en el de Manchuria, la acción de la S. de N. quedó neutralizada porque la zona petrolífera se la disputaban dos beligerantes de potencia militar igual: Inglaterra, que apoyó al Paraguay, y los EE. UU., que estaban interesados en la victoria de Bolivia. En el caso del Japón, los intereses de este imperio, al expandirse a través de la Manchuria, no chocaban directamente más que con los de Rusia en Siberia. Los que Inglaterra y los Estados Unidos tienen en China son cada vez menores, y se trata de meras concesiones. China, por otro lado, no constituye una ruta comercial que pueda amenazar el comercio inglés, como el canal de Suez, por ejemplo. Y los Estados Unidos no se oponen a la penetración imperialista del Japón en Asia, porque allí no tienen intereses directos y les basta con que les dejen actuar libremente sobre la zona propia de su influencia tradicional: América.

Pero la expansión colonial de Italia en África implica una amenaza para los intereses de Inglaterra en África y en Asia menor. Y la conquista de Abisinia presupone el cerco sobre las plantaciones de algodón del Sudán egipcio, sobre la hegemonía política en el mismo Egipto, sobre la ruta de Suez, que une tres continentes y, más tarde, sobre las zonas petrolíferas de Irak y Persia, donde los ingleses han vaciado enormes capitales. De no haberse dado esta circunstancia, Italia habría hallado vía expedita en su expansión. La S. de N. es un comodín para los Estados más fuertes y favorecidos por el reparto político hecho como resultado de la guerra imperialista. Italia, ahogada por un exceso de población, por el peso de una industria militar desarrollada durante la guerra y transformada en base de producción civil, pero sin mercados ni materias primas, busca la solución por el único lado que geográficamente le es posible: África. Pero llega tarde al festín de Baitasar y topa con Inglaterra. Sólo entonces, cuando el imperialismo inglés se siente minado, pone en movimiento la entelequia de la Sociedad de Naciones. No surge, pues, un conflicto entre el fascismo y la democracia. Es un choque de intereses entre dos Estados, que se produce inde-

pendientemente de su régimen político.

La posición que el proletariado debe adoptar en el caso concreto de la guerra italoabisinia es la de acelerar el hundimiento del fascismo y defender el derecho a la independencia del pueblo abisinio; y ante las derivaciones internacionales del conflicto, la que nuestro Partido viene manteniendo y son la consecuencia con el marxismo revolucionario: la conversión de la guerra imperialista en insurrección y guerra civil. Otro modo de plantear la cuestión, por ejemplo, otorgando un margen de confianza a la S. de N., no puede conducir más que a otro 1914 con los Gobiernos de Unión Sagrada en defensa del mismo fetiche: la Democracia y el Derecho. Hay que decirlo sin rodeos: el que recurre a la S. de N. es un traidor, pues la verdadera solución sólo el proletariado puede darla.

No podemos ser pacifistas por sistema. Al defender la paz sin preparar la oposición revolucionaria a la guerra se defiende a la burguesía y se traiciona al proletariado. Nuestro pacifismo debe responder a un pensamiento dialéctico, es decir, partir del principio de que las guerras son inevitables mientras la sociedad esté dividida en clases. Ese pacifismo abstracto desligado del problema insurreccional, es una manera, como otra cualquiera, de vender a la clase obrera. La guerra estallará, más o menos tarde, pero estallará. Para hacerla frente, el proletariado no tiene que recurrir a otro medio que a su propia acción revolucionaria para convertirla en insurrección mundial. Así habíamos los revolucionarios.

Este punto de vista es impecable si se tiene en cuenta que ambas Internacionales no sirven más que para facilitar el camino del fascismo. Este nos va abatiendo parcialmente. En una situación internacional directamente revolucionaria, la falta de una Internacional que *guie y arme* nuestras luchas da lugar a que se verifique el hecho contradictorio de que la ventaja la extraiga el fascismo y no el comunismo.

Si una nueva guerra no es convertida en insurrección — y no lo sería de aceptar la tesis de los dos Internacionales — el fascismo será, inevitable, porque triunfante uno u otro bloque, quedaría en pie el régimen capitalista. En un caso, el fascismo se imponería inmediatamente; en otro, no tardaría, porque dando por supuesto la victoria del bloque menos reaccionario, hay que descontar la subsistencia del régimen generador del fascismo: el capitalismo. La tensión revolucionaria es tan extrema que no hay opción para las soluciones transitorias. Hoy es más categórica que nunca la disyuntiva «fascismo o marxismo». Sólo los cobardes, los propensos a la capitulación, los serviles pueden plantear los términos del problema de modo distinto. Y es doblemente criminal que cuando se aproxima la hora de una liquidación revolucionaria total, que una nueva guerra nos depara, se paren los golpes batiendo en la cuerda floja de la democracia.

La generación que irá a la próxima guerra está educada en la experiencia de 1914, en la incomparable lección de la revolución rusa. Si a esa generación se le guía dignamente, dándole por divisa la transformación de aquella en insurrección, la victoria mundial de la clase obrera es inevitable; pero, si, por el contrario, se le desvía de esta ruta, que es la única justa, su derrota será fatal, sea cual sea el sector beligerante victorioso.

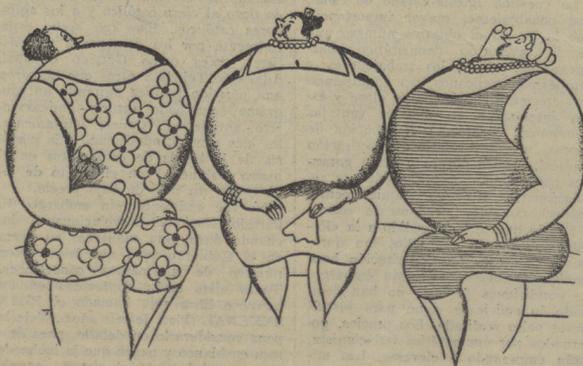
Por lo que concretamente se refiere a la U. R. S. S., sus intereses no pueden ser defendidos por la S. D. N. y el proletariado al mismo tiempo. Lo uno excluye lo otro. Una agresión a la U. R. S. S., parte de quien parte, ha de implicar la más ardiente defensa del proletariado. Nosotros sabemos probar que marchamos en primera línea. Pero no renunciaremos, ni renunciaremos, a nuestra crítica del régimen político imperante. Un conflicto aislado, por ejemplo, del Japón contra la U. R. S. S. ha de producir el levantamiento general del proletariado. Pero si la U. R. S. S. cambia del barzo del imperialismo francés y se vuelve a ser amarrada a una guerra imperialista, nuestro deber consiste en situarnos frente a todos los bloques y transformar la guerra imperialista en la U. R. S. S., cuyo enemigo no sólo es el que está detrás de sus fronteras, y salvaremos al mismo tiempo los destinos históricos del proletariado.

Repitámoslo: Frente a la guerra imperialista la insurrección y la guerra civil. Esta es la perspectiva histórica que tenemos ante nosotros. Los que traten de desviarla hay que sellarlos con el hierro candente de la traición. Pero no basta proclamar verbalmente una tesis: es preciso, inexcusable, desarrollarla prácticamente. De aquí el extraordinario acierto que nuestro partido ha tenido al dirigir un llamamiento a los demás sectores obreros con el fin de determinar la acción contra la guerra.

Seamos el partido bolchevique que lucha contra una serie de intereses creados que obstruyen la vía del marxismo, que es constante en su conducta y tiene conciencia histórica de su misión y, basado en ella, llega a encontrar, incluso frente a todos, su hora de la victoria.

L. GARCIA PALACIOS

Se recomienda a todos los camaradas que escriban a los presos, que les incluyan el sello correspondiente para la respuesta.



Estas obesas cedistas son partidarias de la proporcionalidad